

NOCHES

Por M.C.G.

JUZGAR a los poetas es exclusivo privilegio de los poetas, y no de todos, uno de los mejores.

Esto declaraba Ben Jonson, el gran dramaturgo habelino cuya altura se averiguaba a la de Shakespeare.

Sentencia que paraliza a cualquiera... ¿Cómo entonces osan escribir sobre un poeta y su poesía? ¿Qué hay una sola excusa: si tal juzgamiento se limita sólo a los mejores poetas, los lectores del así juzgado tendrían que ser poetas. Y la intención y deseo de todo poeta es ser leído por un público un poco más vasto.

Con esta excusa a medias tratemos de expresar nuestra opinión sobre uno de los más importantes vates de nuestro país.

Anunciando en un pasado número de este Suplemento el libro de Miguel Arteche que hoy comentamos ("Noches", Editorial Nascimento, 1976) creamos ver ahí un público rechazado del mundo, un "público rechazado".

Otro mundo también lo que nos ha parecido la expresión de una crisis religiosa o más bien el resquebrajamiento de la fe que sufre actualmente la Iglesia, y sus desperdigadas teorías nuevas que no llevan a otra cosa que a restarle un prestigio de dos mil años tanto como la fuerte vocación espiritual a sus rituales. Puede que esta interpretación de los significados que encierran algunos poemas del libro no sea la exacta, pero es la impresión que su lectura atenta nos deja. Así por ejemplo:

Quando veas que la lluvia cae
y seguirá cayendo hasta que muera;
piensa que estás solo para siempre.

Quando en la mano que te han tendido bebes
sólo el poder,
o al ir a apretarla se transforma en humo;
no te hagas ilusiones: sigues estando solo para siempre.

Quando creas que aún puede ayudarte la
Palabra
(la que aún crees en la Palabra),
desengáñate porque la palabra ha sido
corrompida

y estás, sin ella, sólo para siempre

El título de este volumen "Noches", describe en una sola vez lo que constituye el centro o la corriente inspiradora de este poeta: la noche, lo oscuro, las tinieblas; y junto a éstas, o quizá su expresión primera, está la idea de la muerte, la tiniebla obscura de la muerte, la que es la propia y la de los demás:

...El otro mundo
y el mundo que me toca,
el pan que se me escapa,
y el otro, el otro, el otro: donde no hay
nada más.

Toda poesía que genuinamente lo sea contiene exposiciones más o menos enigmáticas, debido a eso a que cada poeta crea en su entorno algo de carácter mágico que lo aparta cuanto más poeta sea. Así ha sido desde la más remota antigüedad. En palabras de Agripino fue el más enigmático de los poetas de la antigua Grecia, y poemas suyos hay que aventajan al más cerrado arte abstracto de hoy. Por otra parte, el significado, incluso la breve anécdota espiritual, son necesarios a la poesía?



Parcería que no. Y ello porque creemos que el significado se da en el lenguaje poético mismo, al modo como se da en la música. Léase el siguiente poema de Arteche:

En el Principio fue el huir. Y el negro
negro.
Negro de Negro solo: escuchaba y ácida.
Negro desnudo, ojos y cabellos
negros.

Negro balcón, eva y adán con árbol negro
negro de noche mar y con tinieblas,
negro frontera que la mano en pulso
del grabador
mantuvo en negro
y con insonso negro.

Y en el final la eternidad del blanco.

Ahí, como en los cuadros de jardines, es el mundo que forma el lenguaje el que deja la visión del pensamiento poético. Buscamos que se trata de una visión, una visión interior de orden estético que puede abrir, diremos así, un significado: el mundo, la pesadumbre de todo lo que es accesible a nuestra mente y experiencia, comprendida la propia vida.

Debe reconocerse, sin embargo, que la apreciación profundizada de la poesía es un proceso de lenta capacitación en el lector de ella. Pero en este caso, capacitación es un desarrollo natural, el que rara vez alcanza al común del público. Por último, tomemos en cuenta también que la incapacidad para comprender alcanza a los poetas entre sí: el gran Lope de Vega y el gran Quevedo se burlaron del no menos grande Góngora y Argote, con lo que aquella sentencia que encabezaba este comentario, comienza a vacilar.

Concluimos entonces en que las leyes naturales de la poesía —que si las tiene por cierto— son de orden inefable. Con todo, creemos que el poema

que sigue, de rara expresión, es de fácil captación para el lector:

Arrancó,
arrancó la raíz,
arrancó la raíz del árbol:
la raíz,
la raíz era una cruz,
la cruz era un cristo,
la cruz era un cristo y era un sapo
corrompido
Y en la mano,
durante mucho tiempo,
sostuvo,
sostuvo la raíz, el cristo, el sapo;
sostuvo la raíz del árbol de esa noche
frente al agua estancada y corrompida.

El poema que a continuación transcribimos fue dado a leer a un amigo:

Manos que vi en la oscuridad, en el océano
de las oscuridades
no sé si más allá de este mundo o más allá
de mis manos;
manos sostenidas sobre el vaivén de tantas olas.

Frente a mí, cerca de mí, quietas, tan sólo manos;
cómo quisiera apretarlas, sostenerme con ellas,
mientras buscaba a tientas la luz del amanecer;

manos que ya no estaban y que había perdido,
olas sin manos, olas que me llevaban y... llevaban,
no sé, nunca lo supe, y aunque Dios lo supiera...

Non devolví el libro mortuorizando: no sé, no entiendo. Escuetamente y altitudinariamente en su propia disposición, habría que contestar que uno tampoco. Pero ocurre que no está lejos de ser lo cierto. Desde luego, la primera lectura del poema nos dejó una indefinible e inquietante impresión, inclinandonos a una segunda y aún a una tercera lectura. ¿Qué hay ahí? ¿Una grieta profunda entre el poeta y el mundo humano, y ello ante el Dios que abandona ya al hijo del hombre? Preguntas que llevan al borde de algo que no hemos aceptado nunca; pretender interpretar, significar la música. Limitémonos, pues, a decir que es, además, un bello poema.

La inspiración en este poeta deja la idea de que es lenta, persistente, despertada por algo doloroso, por el conocimiento de la soledad, la soledad, no la que "adorna". Inspiración que se manifiesta en un lenguaje de fuerza armónica no obstante la pasión —pasión de un temperamento artístico, que recorre todos estos poemas y los anteriores que le conocemos. La fuerza en la creación poética de Arteche es casi extraña en nuestro medio. Difícil explicarla. Desde luego, nunca fue en el tremendismo. Y gráficamente, no recurre al uso de signos. El de adscripción lo hallamos sólo en un poema, "El Cazador". A veces esa fuerza parece arrancar de la metáfora, siempre extraña. Otras, como en "El Joven Torturado", que es un soneto anológico, se diría que emana del solo rango poético en que ese soneto se encuentra, y notemos que aquí el lenguaje está fuertemente sujeto a la excusa. Lamentamos no transcribirlo por razones de espacio.

La gravedad que envuelve la poesía de Miguel Arteche le confiere resonancias profundas que la singularizan con mucho en la poesía americana.

AUTORÍA

M. C. G.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Noches [artículo] M. C. G. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile